

Ética y vida feliz

Manuel Sánchez Cuesta

Profesor de la Universidad Complutense de Madrid.
Miembro del Instituto E. Mounier.

Posiblemente no se haya formulado una tarea del vivir de modo más claro y reiterado que la felicidad: buscamos al vivir ser felices y al logro de esta meta empeñamos todo lo que somos y tenemos. Mas esta insistencia en su propuesta nos indica que no debe tratarse de algo tan fácil de alcanzar. ¿A qué puede deberse tal desajuste? Es decir, ¿por qué no acaba el hombre de lograr un objetivo tan claramente formulado, una instancia tan omniabarcante y en cuya consecución empeñamos nuestras mejores fuerzas? La respuesta nos conduce al análisis de los modos en que nos proponemos acceder a dicha felicidad y que en la mayoría de los casos introducen una violencia que, paradójicamente, impide su consecución.

No puede, en efecto, pretenderse ser feliz siguiendo, para lograrlo, un camino equivocado. Repárese en que la felicidad no es una disposición final a la que se llega o puede llegarse, antes bien el estado permanente y continuo por el que se transita, esa duración gozosa que permite el contentamiento de vivir. Por eso, cuando decimos que nuestro fin es la felicidad, lo que de hecho estamos aseverando no es tanto que un día pretendamos alcanzarla, cuanto más bien que aquí y ahora ya estamos siendo felices y que lo que queremos es

asegurar o aumentar esa felicidad.

Empero las cosas no suelen pensarse así, sino que se acostumbra a recomendárenos la felicidad como una meta final y, de consiguiente, como un cometido que hemos de planificar y para lo que necesitamos determinados medios. Pues bien, en esta suerte de programación o determinación de los medios es donde se obstruye o imposibilita generalmente dicha felicidad al proponérsenos su logro como si de una utopía se tratara, a saber, siempre en un luego que nunca se hace presente. Se parte así de un convencimiento, de que nuestra situación existencial está configurada por precisas limitaciones que son justamente las que hemos de tratar de superar, convirtiendo ese estado de desdicha en otro venturoso de gozo, de tranquilidad y de alegría.

Desde una perspectiva como la expuesta no es posible habitar este mundo en un estado de satisfacción, sino que parece imprescindible la asunción de una ascesis, la autoimposición de una voluntad férrea que nos acote y demarque mediante ciertas normas el camino a seguir. El problema radica en que tales normas, además de dadas, se nos imponen coercitivamente, obligándonos a actuar muchas veces por encima de nuestra razón y de

nuestros sentimientos al ofrecérsenos como el único aval de una felicidad cortada a nuestra medida.

Así es cómo la ética conecta con lo real, de esta forma negativa, ya que aquellas normas de que hablábamos suponen: primero, una interpretación de la felicidad; segundo, el establecimiento de los modos para conseguirla; y, tercero, una noción apriorica de la esencia humana. Se trata de un modo desacertado (y arcaico) de pensar, pues en vez de partir de cómo el hombre es y de lo que siente y desea, se le trata de imponer desde afuera una clase de naturaleza —que poco tiene que ver con la real que él mismo posee— investida de unas finalidades que van más allá de lo que el ser—proyecto que lo caracteriza reclama. El hombre queda imposibilitado de este modo para acceder a una felicidad a la que, por otro lado, tiene derecho.

Vivir es la experiencia humana más radical. Y no sólo porque ontológicamente sea la vida una realidad fundante, sino sobre todo, porque es la vida la que nos recorta en el ser que somos, la que individúa nuestra existencia, la que nos pone en consciencia, instándonos al logro de un destino personal. Por eso, por este quedar demarcados cada uno de los hombres de todos los otros, por deber aspirar a esta meta propia

es por lo que la exigencia de ser felices se nos objeta como prioritaria.

Ahora bien, la felicidad es siempre un estado individual, algo propio y exclusivo de cada hombre y de cada mujer, lo que no significa un hedonismo sin limitaciones. Es, desde luego, una propuesta tal, porque felicidad es hedonismo, pero siempre que incorporemos a nuestra vida a los demás hombres, lo que supone establecer una relación entre *felicidad* y *vida digna*. En efecto, la felicidad personal no puede lograrse nunca a costa de otros seres humanos, pues todo hombre es siempre un fin en sí mismo. Este es un presupuesto inalienable, ya que nuestra igualdad de naturaleza

za impide el sometimiento de otros hombres a nuestros intereses. Por eso la felicidad ha de ser a la vez una pretensión individual y solidaria, es decir, que no nos cabe ser felices sin posibilitar a los demás el que puedan llegar a serlo también, sin incluir a los otros en nuestro personal proyecto.

Una concepción de la vida feliz como ésta nos exige un cambio de mentalidad, proceso a realizar en dos tiempos: extender, en primer lugar, la mirada sobre nosotros y los otros a fin de descubrir nuestra mutua semejanza; y, en segundo, y como consecuencia, reconocer que ninguno somos más que nadie. Cuando nos apercebimos de ambos hechos, cuando vivenciamos la uni-

versalmente pareja aventura de nuestros existires, sus cuitas similares, la necesidad de dar respuesta a problemas comunes, la imbricación comunitaria de todos con todos, el dramatismo intrínseco y común de cada proyecto personal, es cuando, precisamente, se abre de verdad para nosotros la genuina posibilidad de ser felices. De este encuentro vital de cada uno consigo mismo y al mismo tiempo con cada uno de los otros hombres es de donde emerge —debe emerger— ese estado feliz por todos buscado, la cénestesia gratificante de una biología que se reconoce sensación placentera y esperanzada a la altura de nuestra conciencia de seres humanos. ▲